

COLECCIÓN TALLER

Nació de la aspiración de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de acercar las letras a muy distintos grupos, a áreas no siempre asociadas con los libros o los trabajos literarios. Al extender sus límites, hacemos que el calor de la literatura roce a más personas. Esta expansión se ha dado a través de talleres y esta colección aloja los textos que surgen de ellos. Quienes asisten a los talleres no son, necesariamente, profesionales de la lectura o la escritura, pero tienen algo importante que contar. Es por eso que trabajamos para que cada libro difunda el trabajo colectivo de tutores y alumnos de una manera bien planeada, cuidada, editada y diseñada para llegar a quienes desean leer algo distinto.

En este segundo taller organizado por Literatura UNAM y la UNAM-Chicago, las asistentes sabían que sus experiencias como mujeres migrantes —o como hijas de migrantes— no podían quedarse en silencio. En sus textos —que ahora se compilan en este libro—, las autoras transforman recuerdos en imágenes, vivencias en estructuras, heridas y alegrías en relatos que cruzan dos territorios, dos lenguas, dos formas de reinventar el yo. Aquí se habla de infancias y adolescencias, viajes y asentamientos, familia y amistad, estudios y trabajo, y de lo que significa ser hija, hermana, madre, esposa... en el vasto y complejo mapa de la migración. Esta antología es un acto de memoria colectiva y de resistencia que nos recuerda que contar es resistir, y escuchar es habitar la experiencia del otro.

Sylvia Aguilar Zéleny
Compiladora

CLAUDIA CASTILLO • GABRIELA LAVALLE • SUSANA SALGADO ORTIZ • MARÍA DE LA LUZ MÁRQUEZ ANTONIO • HEATHER ANA HATHAWAY MIRANDA • ROCÍO EDITH SANTOS APARICIO • CAROLINA A. HERRERA • EDNA JACKELINE VÁZQUEZ NUÑEZ • LUCÍA MIER Y TERÁN ROMERO • ADRIANA PEGUERO CEJA • JUANA SANTIAGO • MARÍA TRINIDAD GONZÁLEZ



COLECCIÓN TALLER • SERIE NARRAR LO PROPIO

Nadie es ilegal Mexicanas en Chicago

#2

Nadie es ilegal

Mexicanas en Chicago



Sylvia Aguilar Zéleny

Es profesora asistente en la maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Texas en El Paso, Texas. Se especializa en ficción, no ficción y pedagogía. En 2021 coordinó el Laboratorio de Escrituras Disidentes para el Museo Universitario del Chopo, y en 2023, el primer taller *Narrar lo propio* de la UNAM. Ha impartido diversos talleres de creación y pedagogía en Estados Unidos, México, España, Chile y Colombia. Es autora de los libros *The Everything I Have Lost* (2019), *El Libro de Aisha* (2020), *Basura* (2024), *Nenitas* (2025) y *Una falsa diarista* (2025), entre otros.

Mi dormitorio

Edna Jackeline Vázquez Núñez

Mi crianza estuvo llena de amor y de mujeres bondadosas. Cada día, cada tarde y cada noche disfruté de su compañía. En ellas siempre encontré amor y protección.

Siguen conmigo mi mamá, mi abuelita y mis hermanas. Por eso nunca me he sentido sola, aunque físicamente lo esté.

Mi casa familiar estaba en Monterrey, Nuevo León, en la colonia Arboledas de Nueva Lindavista. Nos mudamos ahí cuando yo comencé mi educación secundaria en 1993. Tengo memorias vívidas de cuando fui una niña que jugaba en el parque, de mi adolescencia, de los inicios de mi vida deportiva. Era muy joven cuando descubrí la pasión por las carreras de ultramaratón. A los 17 años comencé con las de alta resistencia de 80, 100 kilómetros, hasta Ironman. Aprendí la dedicación, la perseverancia y el compromiso que se necesitan al prepararse para estas grandes pruebas deportivas. En el mismo parque donde jugaba cuando era niña, comenzaron mis primeros entrenamientos, en una circunferencia de al menos 400 metros. Qué afortunada fui por haber encontrado el deporte en ese lugar que me vio crecer, justo frente a la casa de mis papás.

En el dormitorio que compartía con mis hermanas, nos iluminaba una lámpara pequeña, cuadrada, que tenía una pantalla blanca pintada con florecitas moradas, naranjas, azules y algunas verdes. Fue un regalo que nos hizo mi mamá y tiene un valor especial porque representa nuestro lazo como hermanas, el conocimiento que compartimos, el apoyo de todos los días y la luz para los caminos que tomaríamos en el futuro. “¿Y cuando seamos grandes quién se va a casar primero?”, nos preguntábamos. “¿Dónde iremos a vivir?”. Alumbradas por esa lámpara compartimos pláticas, alegrías, frustraciones, tristezas, cariño. Siempre decíamos: “¡La última la apaga!”.

Las tres hermanas estudiamos en Monterrey. Yo, después de mi formación como licenciada en Relaciones Humanas, un día me despedí y partí a mi sueño americano en Chicago. ¿El sueño americano de trabajar? ¡No! El sueño del amor. Mi primer matrimonio.

“¿Dónde iremos a vivir?”. Fui yo la primera en traer respuesta a esa pregunta.

El 17 de diciembre del 2006, partí rumbo a la Ciudad de los Vientos. Mientras me alistaba para salir de la casa rumbo al aeropuerto, llegó mi hermana Yvonne. “¡Te toca llevarte la lámpara! —exclamó—. Siempre juntas, hermana”. Ese mismo día, mi abuelita Rosita subió al dormitorio y puso en mis manos la Biblia que llevé en mi primera comunión, la que ella me regaló. Me la dedicó con sus palabras: “Me llevas aquí. Nunca lo olvides cuando necesites protección. Aquí encontrarás palabras de aliento, amor, fe, esperanza y tranquilidad, que te darán compañía. Siempre estaré a tu lado”. También llegó mi mamá y me entregó una imagen de la Virgen María Auxiliadora. “Hazle un campito, llévatela contigo”, me dijo, y me abrazó fuerte. “Disfruta la vida. Sé feliz. Nada te va a pasar. Siempre estarás en mis oraciones. En los tiempos difíciles recuérdame y reza la oración de la Madre María Auxiliadora. Nunca estarás sola. Aquí estoy, en todo momento”.

Han pasado un poco más de 18 años. He vivido en varios lugares dentro de Chicago, y la lámpara, la Virgen y la Biblia siempre me han acompañado.

Cuando llegué, me preguntaba si podría adaptarme a esta nueva vida. ¿Qué significaría vivir en un lugar tan frío como Chicago? En el primer invierno que viví en la ciudad, un poquito después del Día de Acción de Gracias, recordé esa exclamación que la gente solía decir en Monterrey: “¡Súbele al calentón!”. Y yo pensaba: “¡Madres, ni calentón tengo y este friazo está cañón!”. Mi primer dormitorio era como un cuarto para estudiantes, muy pequeñito y —aunque frío— cómodo y siempre alumbrado con mi lámpara desde las cinco de la tarde, cuando comenzaba a oscurecer.

Después de una vida en Monterrey —donde todo el año hay calor y no se necesitan calentones, sino abanicos, aire acondicionado, aguas frescas y cheves—, aprendí a ponerle plástico a las ventanas, para hacerle frente al frío.

Era joven y no sabía cómo gestionar cierta parte de la vida emocional, pero estaba enamorada. Por eso acepté casarme. Me sentía ilusionada, segura. Con mi marido llenamos nuestro dormitorio de ideas, deseos, sueños. Algunos sí se cumplieron. Pero llegó un día, años después, en que me tocó quedarme sola. Ese hombre había encontrado otro lugar donde dormir.

Con el tiempo reuní la fortaleza para levantarme de una cama vacía, de un espacio abandonado. Había dejado mi país por un sueño caduco, y no sabía hacia dónde iba mi vida. Luego comprendí que era posible fundar un nuevo dormitorio, uno mío, en un espacio diferente. Dejé que la soltería me habitara, pero ahora para vivir libre y dejar atrás el pasado de abandono y dolor.

Llevo casi dos décadas en Chicago y no olvido la ciudad de donde vengo, mi familia, mis amigos, esa otra parte de mí que aún traigo en mis palabras, mis colores, mi esencia.

Hoy tengo la certeza de que siempre se podrá empezar de nuevo. Siempre se podrá tener un dormitorio propio. Mi mamá, mi abuelita y mis hermanas

siguen acompañándome a lo lejos, y acá, igual que en mis tierras regiomontanas, el dormitorio sigue siendo el lugar donde me siento a salvo. Estar ahí es lo que deseo todos los días, después de un largo día de trabajo. Podrá pasarme todo en la vida, pero al menos tengo ese lugar para mí.